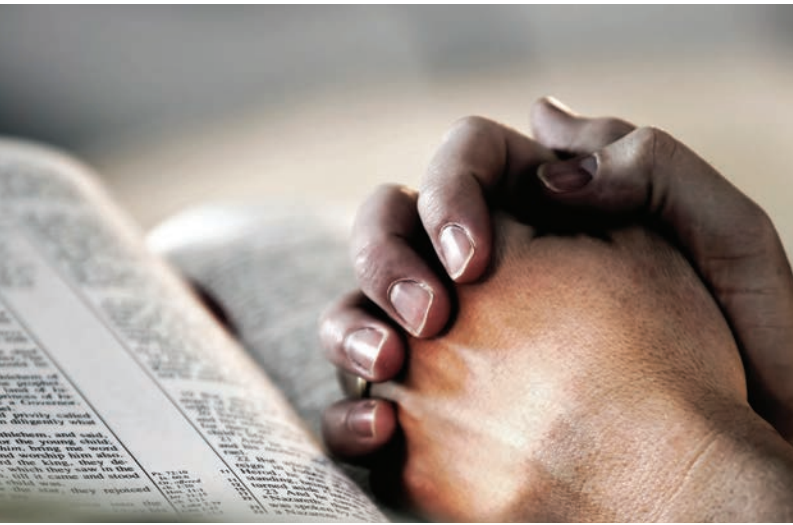
Serie Tiempo de Buscar

EL MODELO DE ORACIÓN DE JESÚS



Haddon W. Robinson



Introducción

El padrenuestro: el modelo de oración de Jesús

Uno de los mayores problemas en nuestra relación con Dios es pensar que podemos depender de Él según nuestras propias condiciones. Esa dependencia independiente se evidencia a menudo en la manera en que oramos. Aunque muchas personas oran, relativamente pocas oran a Dios conforme a las condiciones que Él estableció.

Este librito es sobre la oración a la manera de Dios. El padrenuestro, una de las oraciones más conocidas, se

ha repetido mucho, pero se comprende poco. Haddon Robinson, prestigioso predicador, profesor y escritor norteamericano, acaba con la confusión y nos muestra que Jesús nos dio un modelo para orar que es tan pertinente hoy como lo era hace 2.000 años.

Mart DeHaan

Índice

1
¿Para qué orar? 5

2
El modelo de oración que dejó Jesús 7

3
Sigue el modelo 29

TÍTULO DEL ORIGINAL: *Jesus' Blueprint for Prayer*
EDITORES: Tim Gustafson, J.R. Hudberg
FOTO DE LA PORTADA: Lincoln Rogers/iStockPhoto
ILUSTRACION DE LA PORTADA: Stan Myers

Imágenes del interior: (p.1) Lincoln Rogers via iStockPhoto; (p.5) Zefe via Pixaby.com; (p.7) manos orando por Albrecht Dürer/Domínio público; (p.29) Jclk8888 via MorgueFile.com

ISBN: 978-1-58424-045-7

Excepto cuando se indique lo contrario, las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 por las Sociedades Bíblicas en América Latina (En todos los casos, el nombre «Jehová» ha sido sustituido por su sinónimo «Señor»). Utilizada con permiso. Todos los derechos reservados.

© 2000, 2007, 2017 Ministerios Nuestro Pan Diario. Todos los derechos reservados.

Impreso en EE.UU. SPANISH



1

¿Para qué orar?

Cualquier persona que piense en la oración, tarde o temprano se pregunta: «¿Para qué orar?». ¿Acaso el propósito principal de la oración es obtener algo de Dios? Ciertamente, la Biblia asegura que Dios nos escucha y, en respuesta, nos da lo que necesitamos. Pero ¿es esta la razón básica por la que Jesús nos enseñó a orar?

George MacDonald ofreció el siguiente razonamiento para la oración:

> *¿Y si Dios supiera que la oración es lo que más necesitamos? ¿Y si su objetivo principal fuera suplir nuestra gran e interminable necesidad… la necesidad de Él? Puede que el hambre obligue a un hijo fugitivo a regresar a su casa, y quizá le den comida de inmediato*

o no, pero ese hijo necesita a sus padres más que la comida. La comunión con Dios es la mayor necesidad del alma. La oración es el principio de esa comunión, de conversar con Dios, de llegar a ser uno con Él, lo cual es el único fin de la oración; sí, y de la existencia misma. […]. Debemos pedir para recibir, pero recibir lo que pedimos con respecto a nuestras necesidades más esenciales no es el objetivo de Dios al hacernos orar. Él podría darnos todo aunque no oráramos. Pero, para llevar a su hijo a su regazo, Dios retiene sus favores para que los hombres pidan.

Cuando oramos, solemos concentrarnos en las dádivas que hay en la mano de Dios e ignoramos la mano en sí. Oramos fervientemente por un nuevo empleo o por recuperar nuestra salud. Cuando obtenemos el premio, nos deleitamos. Y luego, nos desentendemos de Dios. Si solo vamos tras la recompensa, la mano de Dios sirve únicamente como medio para pagar la renta, curar a los enfermos o superar una crisis. Después de que la necesidad ha sido satisfecha, la mano en sí significa poco para nosotros.

Aunque Dios, en su gracia, da buenas dádivas a sus hijos, nos ofrece más que eso. Se ofrece a sí mismo. Los que están satisfechos con las meras chucherías que hay en la mano del Padre se pierden de la mejor recompensa que tiene la oración: comunicarse con el Dios del universo y tener comunión con Él.



2

El modelo de oración que dejó Jesús

Admiro a los hombres y mujeres que dan a la oración una alta prioridad. Francamente, la oración ha sido para mí la disciplina más exigente de mi vida. En diferentes ocasiones, me ha resultado ardua, aburrida, frustrante y confusa. A través de los años, una vida de oración sólida ha sido para mí más intermitente que persistente. A veces, le he tomado el gusto, pero no por mucho tiempo. De mi experiencia, he aprendido que la oración —la oración verdadera— es difícil y trabajosa.

Para mí, la oración es una preparación para la batalla, pero para Jesús, era la batalla misma. Después de haber orado, cumplía su ministerio, como va un estudiante de honor a recibir la recompensa, o un corredor de maratón después de terminar la carrera a recibir la medalla de oro.

¿Dónde fue que Jesús sudó grandes gotas de sangre? No fue frente a Pilato ni camino al Gólgota. Fue en el huerto de Getsemaní. Allí ofreció «ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte» (Hebreos 5:7). Si yo hubiera estado allí y hubiese visto aquella lucha, me habría preocupado por el futuro. Tal vez, habría pensado: *Si Él está tan quebrantado cuando lo único que está haciendo es orar, ¿qué hará cuando enfrente una verdadera crisis? ¿Por qué no puede afrontar su severa prueba con la confianza y la calma de sus tres amigos que duermen?* Sin embargo, cuando vino la prueba, Jesús fue a la cruz con valor, y sus tres amigos se derrumbaron y huyeron.

*Tres de los Evangelios registran la **oración angustiada de Jesús** a su Padre: Mateo 26:36-46, Marcos 14:32-42 y Lucas 22:40-46. Lucas 22:44 observa: «… y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra».*

En Lucas 11, después de que Jesús pasó tiempo orando, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos». Hay dos cosas dignas de observar en esta petición. En primer lugar, una sección del programa de Juan el Bautista para hacer discípulos se centraba en enseñarles a orar a sus seguidores.

En segundo lugar, eso fue lo que los seguidores de Jesús le pidieron que hiciera por ellos. Habían estado con Él durante más de dos años. Se sentaban en primera fila cuando Él enseñaba y predicaba. Habían visto sus milagros. No obstante, hasta donde sabemos, nunca lo llevaron aparte para pedirle: «Señor, enséñanos a predicar» ni «Señor, enséñanos a servir». Pero sí fueron a pedirle: «Enséñanos a orar».

> *Jesús enseñó esta oración al menos **dos veces**: una en el Sermón del Monte* (MATEO 6:9-13)*, y aquí en Lucas 11. En el primer caso, Jesús señaló que las repeticiones vanas de los gentiles no servían para nada* (vv. 7-8)**.**

Por lo general, pedimos a los expertos que nos den lo mejor que tengan. Cuando estamos junto a un banquero exitoso, le pedimos: «Enséñanos a invertir». A un erudito dotado, pedimos: «Enséñanos a investigar». A un jugador de golf profesional, le decimos: «Enséñanos a golpear la pelota suavemente». Los discípulos de Jesús le pidieron: «Enséñanos a orar».

Dado que la oración era central en su ministerio, Jesús quería que fuera vital en el de ellos, por eso respondió dándoles lo que comúnmente se conoce como «El padrenuestro». Esta oración sirve para que personas como nosotros empecemos a orar. Como Hijo de Dios, Jesús no pudo haber orado así, porque no podía decir: «Perdónanos nuestros pecados». A nosotros nos sirve para la oración de la misma manera que un bosquejo le sirve a un ministro

cuando predica un sermón, o como un plano le sirve a un constructor cuando hace un edificio. Nos guía.

La oración que nos da Lucas empieza dirigiéndose a Dios: «Padre». Luego, contiene dos secciones principales. Primero, debemos conversar con el Padre acerca de Él; su persona, programa y propósito: «Santificado sea tu nombre», «venga tu reino», «hágase tu voluntad». Luego, hablamos al Padre sobre su familia; la necesidad que tienen los hijos de provisión, perdón y protección: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», «perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben» y «no nos metas en tentación».

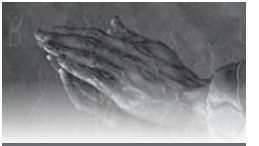
Aunque todavía tengo mucho que aprender en la escuela de la oración, este modelo que dejó Jesús ha ordenado mi vida de oración. Tal vez tengas altas calificaciones en la materia, pero, si no, quizá puedas beneficiarte de algunos de estos datos que te enseñarán a orar.

La paternidad de Dios: «Padre nuestro»

Para comenzar, necesitamos saber a quién oramos. Según Jesús, cuando acudimos al Dios del universo en oración, podemos llamarlo Padre. La palabra «Padre» resume toda la fe cristiana. Cuando los cristianos se inclinan ante Dios y lo llaman Padre, están admitiendo que, en el centro del universo, no solo hay un poder sin límites, sino que también hay un amor sin límites.

Hay quienes creen en la «paternidad de Dios y la hermandad del hombre». Pero esto no refleja la enseñanza de la Biblia. Es cierto que Dios es el Creador de todo, y en ese sentido, todo el mundo es «linaje de Dios» (Hechos 17:29). Pero

la relación que tiene una criatura con su Creador no es la del Padre con sus hijos. La relación que tenemos con Dios nuestro Padre viene solamente a través de nuestra relación con Jesucristo. Juan 1:12 dice: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios».



Cuando los cristianos se inclinan ante Dios y lo llaman Padre, están admitiendo que, en el centro del universo, no solo hay un poder sin límites, sino que hay un amor sin límites.

Es un privilegio maravilloso poder llamar a Dios *Padre,* un privilegio que fácilmente damos por sentado. En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios no se dirigía a Él individualmente como Padre. La palabra *Padre* para referirse a Dios se usaba raras veces, y siempre se refería a la relación de Dios con la nación de Israel. Hasta donde sabemos, ninguno de los santos sobresalientes del Antiguo Testamento —Abraham, José, Moisés, David, Daniel— se puso nunca de rodillas en la soledad de su recámara y se atrevió a dirigirse a Dios como su Padre. Sin embargo, en el Nuevo Testamento, se nos instruye al menos 275 veces que nos dirijamos a Dios así. Debido a la muerte y resurrección de Cristo, al acercarnos a la majestad soberana del universo, la palabra que debe venir rápidamente a nuestros labios es *Padre.*

La expresión «Padre nuestro que estás en los cielos», que enseña el padrenuestro, no solo reconoce la intimidad

que tenemos con Dios como nuestro Padre, sino que también habla de lo maravillados que debemos sentirnos cuando acudimos a Él en oración. Jesús está diciendo que Aquel a quien acudimos y llamamos Padre es el Dios soberano del cielo, el Dios de todo poder y autoridad.

La Biblia mantiene la tensión entre la intimidad con Dios y lo imponente que es Él, sin priorizar ninguno de estos aspectos. El autor de Hebreos dijo: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (4:16).

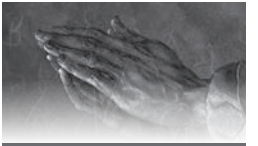
Poder acercarnos a un trono debe llenarnos de asombro, pero, como es un trono de *gracia*, es accesible. El Dios soberano y todopoderoso del universo nos ha permitido, gracias a Jesucristo, acercarnos a Él en oración y llamarlo Padre.

La persona de Dios: «Santificado sea tu nombre»

Jesús nos enseñó a decir: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre» (Lucas 11:2). En la manera de pensar hebrea, un nombre era extremadamente significativo. En el Salmo 9:10, leemos: «En ti confiarán los que conocen tu nombre». El salmista no afirmó que los que pudieran pronunciar el nombre de Dios confiarían en Él. Dijo que los que conocían el carácter de Dios y su poder pondrían su confianza en Él. De manera que, cuando decimos «santificado sea tu nombre», hablamos del carácter y la persona de Dios. Santificar significa «apartar, hacer especial». Oramos para que Dios sea nuestro Dios,

que esté apartado en nuestras oraciones de tal manera que sea evidente que lo reverenciamos.

A menudo, oramos para que Dios aumente nuestra devoción y la profundidad de nuestra vida espiritual, pero ninguna de las peticiones que encontramos en esta oración son por santidad personal. El primer paso para el crecimiento espiritual no es orar por un sentimiento o un cambio interior, sino para que Dios sea verdaderamente Dios en nuestras vidas. El centro de la vida espiritual no es la experiencia, sino Dios. Hemos recibido el mandamiento de ser santos como Él es santo porque la vida espiritual empieza cuando decidimos dejar que Dios sea Dios en todos los aspectos de la vida —personal, familiar, laboral y recreacional—, y dejar que nos aparte para Él.



El primer paso para el crecimiento espiritual no es orar por un sentimiento o cambio interior, sino para que Dios sea verdaderamente Dios en nuestras vidas.

A veces, nuestras oraciones están peligrosamente cerca de ser una distorsión blasfema. A menudo, oramos como

En 1 Pedro 1:16, el apóstol Pedro toma de varias instancias del Antiguo Testamento, al afirmar: ***«Sed santos, porque yo soy santo».*** (LEVÍTICO 11:44-45; 19:2; 20:7)***.*** *La idea de Pedro era que, si llamamos «Padre» a Dios, tenemos una santa obligación de vivir como sus hijos.*

si Dios fuera sordo y tuviéramos que gritar para que nos escuche; como si fuera ignorante y tuviéramos que explicarle para que entienda; como si fuera insensible y tuviéramos que engatusarlo para que responda. Nuestras oraciones revelan que tenemos una idea muy inadecuada de Dios.

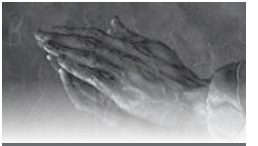
Otras veces, nuestras oraciones dejan ver claramente que hay muchos nombres en la Tierra que significan más para nosotros que el nombre del Dios del cielo. Podemos estar más impresionados con un jefe, un profesor, un ser querido, un amigo o un funcionario de gobierno que con el Dios de los cielos. Podemos sentir más temor por una criatura de la Tierra que reverencia y respeto por el Dios a quien le elevamos nuestras oraciones.

Esta preeminencia de Dios no solo debe ser cierta en nuestra vida interior, sino también en nuestras oraciones por los demás. No debemos orar primordialmente para que otros sean librados del pecado, sino para que lleguen a conocer a Dios. La meta máxima en la evangelización no es solo que las personas sean ganadas para Cristo, sino que quienes profanan el nombre de Dios lleguen a entender quién es Él realmente: el Dios de santidad, gracia y justicia. Y, al entender eso, santificarán su nombre. Esta es la esencia de evangelizar: que personas de todo el mundo dejen que Dios sea Dios en sus vidas.

El programa de Dios: «Venga tu reino»

La segunda petición que dirigimos al Padre sobre el Padre no solo está dedicada a la persona de Dios, sino también a su programa: «Venga tu reino». Jesús se refería aquí a

su futuro reino mesiánico sobre la Tierra. En toda la Escritura, la historia espera anhelante el regreso del Mesías, Jesucristo, quien gobernará en justicia cuando el reino de este mundo se convierta en el reino de nuestro Dios y de su Cristo (ver Apocalipsis 11:15).



La historia es «la historia de Dios», y tiene un destino: el regreso de Jesucristo.

Este interés por el gobierno de Dios en la Tierra es básico para nuestra perspectiva de la historia. En el testimonio de la Biblia, la historia es «la historia de Dios», y tiene un destino: el regreso de Jesucristo. La Biblia espera el día cuando los ángeles y los redimidos canten juntos. Ante nosotros, brilla esa luz, y cuanto más oscura sea la época, más parece brillar.

Así que, cuando oramos diciendo «venga tu reino», miramos hacia ese feliz momento cuando el regreso de Jesús a la Tierra establecerá el reino mesiánico de Dios profetizado en todo el Antiguo Testamento. Al orar, dirigimos la mirada al día en que el reino de este mundo llegue a ser el reino de nuestro Dios y de su Cristo. Esperamos anhelantes la culminación de la historia cuando

***Apocalipsis** habla de siete ángeles que tocarán estridentes trompetas que anuncian señales increíbles y un juicio terrible sobre la Tierra. El último ángel declarará: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos».*

la voluntad de Dios se haga en la Tierra como se hace en el cielo.

Ahora bien, cuando oramos diciendo «venga tu reino», también pedimos algo más. Oramos para que en la pequeña porción de Tierra que ocupamos ahora sometamos nuestra voluntad a la de Dios. Si anhelamos el momento futuro cuando el reino de Cristo sea establecido en la Tierra —razón suficiente para orar con sinceridad—, debemos estar dispuestos a desplazar todos los pequeños reinos que nos importan excesivamente. Si queremos que Dios gobierne en un tiempo futuro sobre todos los hombres y mujeres, de ahí se deduce que deseemos que obre su voluntad en nuestras vidas ahora.

Cuando oramos: «venga tu reino», reconocemos el derecho de Dios a gobernar todo el mundo, incluidos nosotros. No puedo decir estas palabras con integridad a menos que la soberanía de Dios me importe lo suficiente como para que mi vida sea su trono y me proponga diariamente llevar a toda persona que encuentre a someterse a Dios de forma voluntaria y alegre. No deberíamos orar para que Dios gobierne a los demás a menos que deseemos sinceramente que nos gobierne a nosotros.

Cuando yo tenía poco más de 20 años, solía escuchar sermones en los que me exhortaban a desear la segunda venida de Cristo. Sí, yo quería que Él viniera, pero no inmediatamente. Deseaba hacer algunas cosas antes de que regresara. Quería casarme, tener hijos y establecer un ministerio. Después de que hubiera hecho todo eso, podía volver. Pensando en esto hace poco, se me ocurrió que

ya no tengo ningún plan que la venida de Cristo pueda interrumpir. No hay nada ahora que tenga preferencia sobre su venida. Y así debería ser en toda nuestra vida. Eso es lo que significa orar «venga tu reino».

El propósito de Dios: «Hágase tu voluntad»

Tenemos que orar por la persona de Dios, que su nombre sea santificado; por el programa de Dios, que venga su reino; y por el propósito de Dios, que se haga su voluntad en la Tierra como en el cielo.

Orar para que se haga su voluntad proporciona una base para nuestras oraciones. En esencia, estamos pidiendo que se haga la voluntad de Dios en nuestras vidas y en el mundo. Sin embargo, a menudo lo ponemos al revés y oramos como si esperáramos que Dios cambiara su manera de dirigir el universo según nuestras peticiones. En el peor de los casos, tratamos a Dios como si fuera el genio de una lámpara mágica. Cuando la frotamos y pedimos un deseo, esperamos que Dios cambie el universo para darnos lo que queremos.

Debemos reconocer la importancia de conformar nuestra voluntad a la de Dios. No debemos orar por algo y, al final, decir: «si es tu voluntad», si no lo decimos de corazón. Esas palabras no son algo para agregar al final de una oración como excusa, como una «salida», de manera que no pasemos vergüenza si Dios no nos da lo que queremos. Orar no se trata de conseguir que Dios haga mi voluntad; es pedir que la voluntad de Dios se haga en mi vida, mi familia, mi negocio y mis relaciones, como se hace en el cielo.

Cuando la Biblia nos permite vislumbrar el cielo, vemos que los ángeles están listos para cumplir sus mandatos. En el cielo, todas las galaxias y sus estrellas y planetas se mueven conforme al diseño de Dios. Parece que solo aquí, en este planeta de tercera categoría —esta pelotita de tenis sucia que llamamos Tierra—, hay un foco de rebeldía.

Vivir conforme a la voluntad de Dios en la Tierra como se hace en el cielo implica hacerlo en territorio enemigo. Vivir en una esfera controlada por Satanás es reconocer que este mundo puede ser hostil con Dios y sus hijos. Para hacer la voluntad de Dios en la Tierra como en el cielo, debemos ir contra la corriente. Cuando oramos «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», estamos pidiendo por nuestros amigos, nuestras familias, nuestra sociedad, pero, sobre todo, por nosotros mismos.

Es posible orar por la voluntad de Dios mientras nos molesta que Dios sea Dios. Mucha gente menosprecia a Dios porque no la ha hecho dueña de su suerte. Pero los que conocemos a Dios como Padre y tenemos una relación con Él, sabemos que el corazón del Todopoderoso es generoso y amable. Dios está usando todas las cosas para extender su reino, aunque no sea la manera en que preferiríamos que lo hiciera.

Por lo tanto, podemos orar para que su nombre sea santificado, que sea Dios para nosotros, que su reino se establezca en la Tierra, que toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, y que su voluntad sea hecha en la Tierra como se hace en el cielo.

La provisión de Dios:
«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy»

Cuando Jesús nos enseñó a orar, nos dio un modelo exhaustivo a seguir. Las primeras tres peticiones tienen que ver con la gloria de Dios: «tu nombre», «tu reino» y «tu voluntad». Las últimas tres tienen que ver con nosotros: «danos», «perdónanos» y «no nos metas en tentación».

Adlai Stevenson comentó una vez: «Entender las necesidades humanas es la mitad del trabajo para suplirlas». Tal vez, la otra mitad sea la capacidad de satisfacerlas. Dios hace ambas cosas. Puesto que Dios entiende nuestras necesidades y puede suplirlas, Jesús dijo que debemos orar al Padre por ellas. Después de orar por lo cósmico y eterno, debemos orar por lo temporal.

Cuando Jesús dijo: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», no estaba sugiriendo un viaje al supermercado. Lo que quería decir es que está bien y es correcto orar por nuestras necesidades diarias. Después de todo, no podemos servir de verdad a su reino ni hacer su voluntad a menos que tengamos la fortaleza que necesitamos para hoy. Por eso, es apropiado pedir a Dios un empleo para tener dinero para suplir nuestras necesidades. Dios conoce nuestras necesidades y está interesado en ellas.

A menudo, nos sentimos tentados a no molestar a Dios por comida. «No ores por comida —insistimos—. Sal a trabajar para obtenerla». De hecho, algunos de los padres de la iglesia espiritualizaron el pan creyendo que se refería al que se sirve en la Santa Cena. Es comprensible, porque

después de orar por la gloria de Dios, parecía demasiado terrenal pasar a algo tan cotidiano como las provisiones.

No obstante, el «pan de cada día» significa exactamente eso. La palabra *pan* se refiere a la comida que sostiene nuestros cuerpos. Por supuesto, en un sentido más amplio, el alude a todo lo que necesitamos para vivir. A nuestro Padre celestial le interesa la lista del supermercado; le importa qué comeremos.

El centro de la petición es el pan *de cada día*. La frase traducida *de cada día* dejó perplejos durante siglos a los eruditos. Es el único lugar donde aparece esa palabra dentro o fuera de la Biblia. Luego, hace unos años, un arqueólogo desenterró un fragmento de papiro que contenía la lista de provisiones de un ama de casa. Junto a varios de los artículos, la mujer había escrito esa palabra que significa *de cada día*. Probablemente, quería decir «suficiente para el día siguiente». La frase debería traducirse: «Danos hoy pan suficiente para mañana». Cuando se ora así por la mañana, se pide por las necesidades de las horas que hay por delante. Cuando se ora por la noche, es una petición para las necesidades del día siguiente. La implicación es, por supuesto, que Dios suplirá lo que necesitamos para honrarlo y hacer su voluntad.

Ora por el pan, las necesidades de la vida, no los lujos. Pide pan, no pastel. Tampoco se nos invita a pedir cosas para los años venideros. Hemos de pedir lo esencial para tener hasta mañana, no la próxima década.

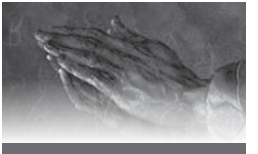
Observa también que, cuando decimos: «Danos nuestro pan de cada día», pedimos también por otros

miembros de la familia. Si hacemos esa oración con sinceridad, nos liberamos del egoísmo y de la acumulación. Si el Padre nos suple dos hogazas de pan, y nuestro hermano o hermana no tiene ninguna, entendemos que Dios ha contestado nuestras oraciones. La hogaza adicional no es para guardar, sino para compartir.

Dios nos quiere liberar. Podemos llevarle nuestras pequeñas peticiones. Podemos colocar delante de Él nuestra necesidad de pan, abrigo, zapatos y todas las cosas que son importantes para nosotros. Si las necesitamos, también son importantes para nuestro Padre.

El perdón de Dios: «Perdónanos nuestros pecados»

Superficialmente, los seres humanos no parecen preocuparse mucho por sus pecados. Una tira cómica de un periódico presenta a un psicólogo escuchando a un paciente: «Sr. Fernández —dice—, creo que puedo explicar su sentimiento de culpa. ¡Usted es culpable!».



Nuestro perdón no hace que Dios nos perdone. Es evidencia de que hemos recibido el perdón de Dios.

Después de pedir provisiones al Padre, pedimos su perdón: «Perdónanos nuestros pecados». «Perdónanos» viene después de «danos». Jesús conecta las dos peticiones: «Danos nuestro pan de cada día» con «perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben». De esa

forma, cuando pensemos en nuestra necesidad de comida, admitiremos también nuestra necesidad de perdón. Además, al confesar nuestra culpa, consideramos la manera en que hemos manejado nuestras relaciones con los demás.

Piensa en cómo funciona la confesión de pecado. Si oro sinceramente pidiendo perdón de corazón, significa que modifico mi estimación de mí mismo y admito mi pecado y mi culpa. Si observo la contaminación en mi propia vida, veo los pecados de los demás bajo una luz diferente. Sin eso, puedo considerarme tan importante, digno y honorable que sería inconcebible perdonar a alguien que se atreviera a ofender a una persona tan justa como yo. Eso es pretensión de superioridad moral.

Cuando una persona que no perdona, ora, lo que está pidiendo es: «Trátame de la misma manera que yo he tratado a otros». Kent Hughes lo explica mejor en su estudio del padrenuestro: «Te imploro, Señor, que me trates de la misma manera que yo trato a mi prójimo. Él ha sido desagradecido conmigo (aunque ni siquiera una centésima parte de lo desagradecido que yo he sido contigo); sin embargo, no voy a ignorar su ingratitud. Trátame, Señor, como yo lo trato a él».

Si conoces realmente a Dios como Padre, formas parte del pueblo perdonado. Aunque te resulte difícil perdonar algún daño en particular que te hayan hecho, tu propio pecado contra Dios —por el cual pides perdón— hace que las ofensas que te infligen sean mucho más triviales. ¿Cómo podemos, en nombre de la gracia y el sentido común, pedir a Dios, cuyo nombre es santo, que nos perdone, cuando nosotros, como pecadores, rehusamos perdonar a

otros? Nuestro perdón no hace que Dios nos perdone. Es evidencia de que hemos recibido el perdón de Dios.

Nunca estamos más cerca de la gracia de Dios que cuando admitimos nuestro pecado y clamamos por perdón. Nunca nos parecemos más a Dios que cuando, en el nombre de Cristo, perdonamos total y generosamente a quienes han pecado contra nosotros.

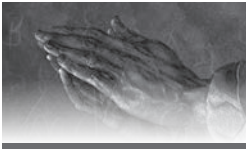
La protección de Dios: «No nos metas en tentación»

Una joven que se encontraba en un centro comercial llevaba puesta una camiseta que decía: «No me metas en tentación: yo sé meterme sola». Quería conseguir que la gente se riera cuando pasaran por su lado, pero su camiseta planteó una pregunta. ¿Qué pedimos cuando decimos: «No nos metas en tentación»?

¿Por qué tenemos que pedir a Dios que no nos meta en tentación? Sería más comprensible pedirle que nos mantuviera fuera de la tentación. El profesor D. A. Carson sugiere que Jesús, cuando estaba enseñando a sus discípulos a orar, usó una figura de expresión que se llama *lítote,* la cual expresa algo positivo negándolo con su contrario. Por ejemplo, si yo digo: «Esto no es un asunto pequeño», lo que quiero decir es que es un asunto de magnitud. Entonces, cuando pedimos: «No nos metas en tentación», en realidad, estamos clamando: «Mantenme alejado de la tentación». Estamos pidiendo: «No dejes que Satanás nos ponga una emboscada». Estamos reconociendo que Dios tiene el poder de alejarnos de todos los anzuelos del pecado que nos amenazan,

y pedimos: «Si se presenta la oportunidad de pecar, concédeme que no sienta deseos de hacerlo. Si el deseo surge en mí, concédeme que no tenga la oportunidad».

Seamos sinceros. Raras veces queremos ser librados de la tentación, porque lo que ofrece, promete ser muy divertido. Alguien dijo: «No resistas la tentación. Podría irse y no volver nunca más». La tentación agita la sangre e inflama la imaginación. Si nos repugnara, no sería tentación. De vez en cuando, vemos dónde nos llevará la tentación y quizá clamamos por liberación. Sin embargo, por lo general, la tentación no parece muy mala. Por eso jugamos con ella, coqueteamos con ella, y la invitamos a nuestras vidas. Cuando oramos por nuestros pecados, no es la tentación lo que nos molesta; es la consecuencia de nuestra desobediencia lo que queremos eliminar.



Si la tentación trajera cadenas que nos ataran, tal vez la resistiríamos por nuestra propia cuenta. Pero […] nos soborna con riquezas y popularidad. Solo Dios puede mantenernos alejados de sus encantos.

Sin embargo, en el contexto de esta oración, no estamos meramente pidiendo a Dios que impida que nos convirtamos en personas desobedientes. La obra de Satanás amenaza con algo más grave que eso. Estamos rodeados de seducciones para vivir apartados de Dios. En nuestras ambiciones y en nuestros éxitos,

somos tentados a honrar nuestro propio nombre, a edificar nuestro propio reino, a aceptar el reconocimiento que no nos pertenece, a negar nuestra necesidad de la gracia perdonadora. El enemigo de nuestras almas quiere que huyamos de Dios. Solo el Señor nos puede hacer ver qué es el pecado. Si la tentación trajera cadenas que nos ataran, tal vez la resistiríamos por nuestra propia cuenta. Pero lo que trae son flores y perfume, ofrece vida y alegría, y promete buenos momentos y satisfacción. Nos soborna con riquezas y popularidad, y nos seduce con promesas de prosperidad y una libertad ilimitada. Solo Dios puede mantenernos alejados de sus encantos.

La oración que Jesús enseñó a sus discípulos nos recuerda que debemos temer las estrategias de Satanás. Hace años, Helmut Thielicke dijo de la Alemania ocupada de la posguerra: «Hay una figura oscura, misteriosa y cautivadora obrando. Detrás de las tentaciones, está el tentador; detrás de la mentira, está el mentiroso; y detrás de todos los muertos y de la sangre derramada, está el que "es asesino desde el principio"».

***Helmut Thielicke** (1908-1986) fue un teólogo alemán que, en la década de 1930, enfrentó los esfuerzos nazis de apropiarse de la iglesia protestante alemana.*

Cuando pedimos: «Líbranos del maligno», reconocemos el poder de Satanás, afirmamos nuestra debilidad, y suplicamos recibir el poder de Dios, que es mayor.

La preeminencia de Dios: «El reino, el poder y la gloria»

El padrenuestro, como se recita comúnmente, concluye con un trompetazo de alabanza: «Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén». Puesto que esas palabras parecen una manera apropiada e idónea de terminar la oración, es un poco inquietante descubrir que la oración no aparece en los primeros y mejores manuscritos de Mateo ni de Lucas. Evidentemente, la doxología no formaba parte de la oración como la enseñó Jesús originalmente. De hecho, aparece por primera vez en los siglos II y III.

No obstante, la oración exige una conclusión. De lo contrario, termina con la amenaza de tentación y la advertencia de que el maligno nos ha tendido sus trampas. Cuando los cristianos de la iglesia primitiva ofrecieron esta oración al Padre, en vez de terminar con una nota fría y aterradora, añadieron esa afirmación de alabanza.

Aunque esta doxología tal vez no haya sido dada directamente por Jesús, puede decirse que tiene un amplio apoyo bíblico. Después de que el rey David reuniera los materiales para el edificio del templo futuro, declaró: «Tuya es, oh Señor, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor […]. Tuyo, oh Señor, es el reino…» (1 Crónicas 29:11). Al final de los tiempos, vibran los ecos de esta doxología en el cántico de cuatro seres vivientes: «… Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos»

(Apocalipsis 5:13). La afirmación es una conclusión adecuada a la oración: «Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén» (Mateo 6:13).

Pero, ¿es cierto eso? ¿Pertenece a Dios el reino? No, según los periódicos. Allí, la capital del reino puede estar en Washington, Londres o Moscú; no en el cielo. ¿Es del Señor el poder? No, según el rabí Harold Kushner, quien sostiene en su libro *When Bad Things Happen to Good People* [Cuando a la gente buena le suceden cosas malas] que, aunque Dios es amor, algunos acontecimientos malvados están más allá de su control. ¿Es suya la gloria? No, según los que construyen y moldean la tecnología, quienes cantan: «¡Gloria a los hombres en la Tierra cuando vemos de quién son los edificios más altos!».

Sin embargo, esta doxología no es una conjetura que debamos aceptar para orar, sino una confianza que desarrollamos con la práctica de la oración. Por medio de la oración, experimentamos que Dios en realidad perdona nuestros pecados —no se limita a cerrar los ojos a nuestra desobediencia—, y nos provee del poder para perdonar a los demás y alejarnos de las trampas de Satanás. En la vida de oración, descubrimos un Padre rico, generoso e inagotable sin medida: suyo es el reino y el poder y la gloria.

No solo bendecimos a Dios cuando testificamos lo que Él hace por medio de la oración contestada, sino que lo alabamos porque, cuando estamos de rodillas, vislumbramos por fe lo que hará al final. Elevamos todas nuestras oraciones a la luz de la eternidad. En la perspectiva a largo



Esta doxología no es una conjetura que debamos aceptar para orar, sino más bien una confianza que desarrollamos con la práctica de la oración.

plazo, descubrimos que, aunque los malvados combaten el reino de Cristo, su reino espera como el sol aguarda que desaparezcan las nubes y las tinieblas. En la perspectiva eterna, aunque el Amor que se acostó en un pesebre y pendió de una cruz de ejecución romana parezca frágil, vemos en Él el poder que perdura y que, en definitiva, triunfa.

Sobre los escombros de los pequeños reinos humanos, brilla la gloria de Dios. Cuando oramos como debemos, afirmamos la majestad de Dios, anunciamos su poder y, mediante las respuestas a nuestras oraciones, exhibimos su gloria.



3

Sigue el modelo

Si quieres aprender acerca de la oración, debes orar. Tómalo en serio y aparta un tiempo cada día para orar. Jesús nos dejó un modelo de oración: síguelo.

Empieza orando: «Padre nuestro que estás en los cielos». Deja que tu mente se concentre en lo que significa hablarle al Dios del universo como tu Padre. Luego, ora al Padre acerca de Él. Ora sobre su persona: «Santificado sea tu nombre». Ora por su programa: «Venga tu reino». Y ora por su propósito: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra».

Luego, ora al Padre por tu familia. Ora por provisión: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Ora por perdón:

«Y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores». Y ora por protección: «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal».

Si permites que esta oración te sirva de modelo, descubrirás que sus elementos tienen un efecto purificador en lo que pides. No podrás orar por cosas que exalten tu nombre, ni prosperen tu reino ni promuevan tu voluntad. Pedir el pan diario, si estás viviendo en rebeldía a Dios, sería como si un traidor pidiera fortaleza para traicionar a su país. No podrás pedir perdón a Dios si no estás dispuesto a perdonar a otra persona. Y pedir a Dios protección contra el maligno sería contradictorio si estás abrigando tentaciones.

La oración es trabajo arduo, pero nuestra comunicación con Dios es tan esencial para nuestro bienestar espiritual como lo es la respiración para nuestra vida física.

Reflexiones

Reflexiones